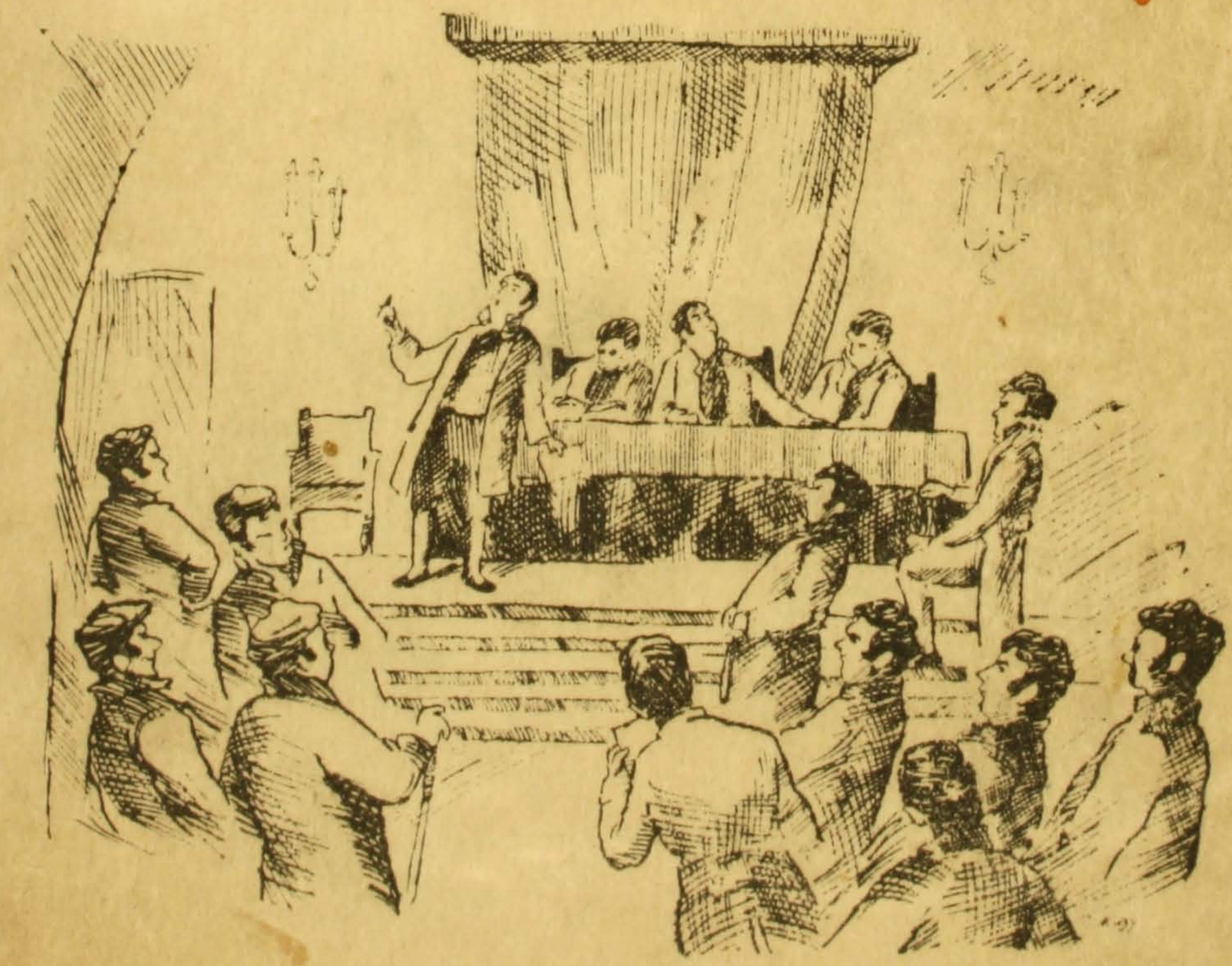
ALBERTO EDWARDS VIVES
EDUARDO FREI MONTALVA

11(217-23)

Historia de los Partidos Políticos Chilenos



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A

LOS AÑOS INUTILES

Al constituirse el Gobierno de don Jorge Montt había sólo cinco partidos: Conservador, Liberal, Radical, Nacional, heredero éste de don Manuel Montt, y Demócrata. Este último no tenía representación en el Congreso. Los derrotados habían desaparecido, pero en corto tiempo, habrían de revivir, a la sombra del recuerdo de Balmaceda, con el nombre de liberales democráticos y llegar a ser prácticamente mayoritarios el año 1894, ejerciendo durante más de treinta años una preponderante influencia en el destino del país.

Con el triunfo de la revolución comenzaba el período que se ha denominado del Parlamentarismo, y cuya vigencia va desde el año 1891 al de 1925.

El recuerdo de esta época no es alentador. El mecanismo parlamentario significó el dominio sin contrapeso de los partidos; se debilitó la autoridad y una constante rotativa ministerial hizo imposible todo esfuerzo serio y constructivo: toda política continuada resultó imposible.

No era éste propiamente el régimen parlamentario inglés, donde el triunfo de uno u otro partido, significa que la Cámara, con una mayoría estable, que a veces dura muy largos años, sostiene un Gabinete que refleja su opinión y que

realiza un programa de Gobierno, al cual, el país prestó su apoyo electoral.

Aquí no. En los pasillos se fraguaban combinaciones de partidos o de grupos que formaban mayorías ocasionales para formar o derribar ministerios, lo cual no significaba que el electorado hubiera intervenido, ni que un cambio de política orientara tales crisis. No. Muchas veces la ambición de llegar al Gobierno, alguna pequeña pasión o intriga variaba las cifras de los votos parlamentarios, sin relación alguna a ideas, proyectos o planes de beneficio general. A la sombra confusa de la irresponsabilidad un juego estéril y cambiante, dejaba al país sin rumbo.

El mejor reflejo de lo que acontecía lo constituyen las cifras sobre los cambios ministeriales.

En el decenio de don Joaquín Prieto hubo cuatro gabinetes, en el de Bulnes y Montt, cinco; en el de Pérez, siete. Don Federico Errázuriz Zañartu, en cinco años, tuvo dos gabinetes; don Aníbal Pinto, seis, y don Domingo Santa María, cinco, o sea, en cincuenta y un años los jefes de gabinete llegaron a treinta y uno.

Después, puede observarse un cambio violento. En el período de don Jorge Montt hay ocho cambios totales y cuatro parciales; en el de don Federico Errázuriz, once cambios totales y once parciales; en el de don Germán Riesco, dieciséis cambios totales y tres parciales; en el de don Pedro Montt, nueve cambios totales y dos parciales; en el de don Ramón Barros Luco, trece cambios totales y seis parciales; en el de don Juan Luis Sanfuentes, quince cambios totales y cinco parciales, y en el de don Arturo Alessandri, hasta la Revolución de 1924, dieciséis cambios totales y dos parciales.

Es digno de anotarse que en el espacio de 33 años desfilaron por el Gobierno, a través de las diversas combinaciones, el increíble número de 530 ministros, a través

de 121 cambios, considerando las crisis totales y parciales. (1).

Estos gabinetes alcanzan en muchos períodos presidenciales una duración media de tres o cuatro meses. Por desgracia, la Constitución de 1925 no corrigió este mal y la rotativa ministerial ha continuado más o menos en igual forma, como es fácil apreciar, si se revisan los cambios ministeriales posteriores a su vigencia.

¿Qué podía o puede hacerse útilmente de esta manera?

Muchos miran al pasado y piensan que el país vivió y en cierto modo tuvo un progreso. ¡Pobre consuelo! Evidentemente que la marcha de la nación no se detuvo, y que el crecimiento vegetativo de la población continuó y que los cambios universales que hacían marchar apresuradamente al mundo llegaban, aunque amortiguados, a nuestras playas.

Pero sería necesario detenerse y meditar cuáles fueron los problemas y cómo los afrontaron los gobernantes de los grandes decenios; cuál era nuestra medida junto a nuestros vecinos y cómo ellos crecieron y en qué forma nos quedamos detenidos; aunque se consideren los factores de extensión y ubicación que a ellos favorecen, pero que antes también pesaban. ¡Comparemos un instante lo realizado por Balmaceda en cinco años y sumemos lo hecho en los treinta años posteriores!

Una nación debe hacer sus balances, porque estas épocas de esterilidad se pagan; durante ellas los problemas se acumulan y, después, su solución se alcanza a través de crisis dolorosas, o de profundas conmociones sociales.

La ineficacia y la esterilidad simbolizan esos años.

Durante ellos se acumulan diferencias sociales y amarguras de clase, y regiones enteras viven en el abandono y en la incomprensión.

Una combinación política sucede a la otra. El simple examen de las cifras nos indica que fué imposible planear o

(1) Manual del Senado 1810-1942, anotado y corregido por don Luis Valencia.

prever, y que ninguna labor continuada pudo, no digamos emprenderse, sino siquiera diseñarse.

El más modesto de los negocios requiere de parte de los que lo dirigen un conocimiento cabal del mismo y una mínima permanencia en el cargo. Dirigir un país, mirar por su futuro, es tarea sin duda más grave y complicada. Sin embargo, cada tres o cuatro meses, un cambio se operaba en el Gabinete llamado a gobernar al país y a resolver sus problemas. A nadie puede extrañar cuáles fueron los resultados obtenidos.

Las diversas combinaciones o coaliciones que se formaban para constituir los Ministerios no tenían entre sí profundas diferencias ni representaban programas distintos. Si se examinaran sucesivamente, se podría observar que sólo tenían su origen en razones de mero orden político, en el sentido más restrictivo de la palabra; pero no ofrecían a la opinión pública soluciones diferentes sobre las cuales pudiera pronunciarse, sabiendo que, al otorgar su confianza y dar mayoría, se desarrollaría una acción estable.

Bastaría para ello analizar cómo algunos diestros conductores políticos maniobraban con sus fuerzas para cercar a los Presidentes. Ejemplo característico fué don Juan Luis Sanfuentes, que, desde la Presidencia del señor Riesco hasta que llegara él mismo a la Primera Magistratura, firmó toda clase de acuerdos, y cambió constantemente de aliados, en forma que los que ayer eran amigos al día siguiente eran adversarios. Los cinco partidos entonces existentes —Conservador, Liberal, Balmacedista, Nacional y Radical— se unían y se separaban, organizaban gabinetes, que pronto caían, porque otro arreglo había cambiado la proporción de las mayorías. Ninguno se escapó de estos errores y todos participaron en tan pernicioso sistema.

En esos mismos años, "El Mercurio", refiriéndose a la elección legislativa de 1903, decía: "es de sentir siempre que " no se haya formado un fuerte núcleo de mayoría, capaz " de imprimir al Gobierno rumbos estables y fijos".

"Las luchas políticas consumieron la mayor parte del " tiempo del Congreso que cesa en sus funciones, esterili- " zando casi por completo una labor que podría haber sido " rica en frutos de bienestar social", y seis años después, en 1909, ratificaba este juicio al opinar que "los partidos, " con insignificantes alteraciones, conservan su antigua po- " sición en ambas ramas legislativas, lo que significa para " el país la expectativa de un nuevo período de tres años " de desgobierno en la administración y de desorden polí- " tico".

La verdad es que, entre conservadores, liberales, balmacedistas y radicales, a pesar que estos últimos representaban estratos de la naciente clase media, no se advierten serias diferencias. Los representantes de estas corrientes que llegaron al Gobierno, siguieron más o menos las mismas líneas de acción, y sólo se podía distinguir a unos de otros por sus diferencias en problemas de orden conceptual, sin traducción práctica en la labor gubernativa. Todos los partidos, en el fondo, actuaban de manera muy semejante en el juego parlamentario, en la administración de los negocios y en la estructura agraria del país.

Sucesivamente pasaron los gabinetes de alianza liberal, liberales de centro, de coalición y de administración, y es bien difícil distinguirlos por su manera de afrontar las cuestiones fundamentales que han determinado nuestra evolución como país en los últimos cincuenta años.

Los balmacedistas, que durante treinta años ocuparon cargos en los Ministerios, no han dejado huella alguna en la historia espiritual de Chile, ni pueden señalarse de su paso grandes realizaciones materiales. Formaron simplemente un partido que alcanzó una mayoría, que se gastó en una política estéril, desprovista de sentido y orientación, para desaparecer después, sin dejar otro recuerdo, que el haber vivido a la sombra del Presidente cuyo nombre recogieron como símbolo; pero cuya verdadera significación histórica no interpretaron.

Inclinándose a uno u otro extremo, dominaron los gobiernos e inauguraron el sistema de convertir la administración pública en feudo del partido que manda. Fué así como nombraron jueces y empleados y, en algunos servicios, como los ferrocarriles del Estado, era fama en su época que era sinónimo ser funcionario de la Empresa y miembro de dicho partido.

Se puede afirmar que su efímero paso no ha dejado ningún trazo creador en el tiempo en que ejercieron preponderante influencia y que hoy, olvidado su nombre y borrado su recuerdo, apenas algún erudito amante de los hechos pretéritos, notaría su ausencia.

Ejemplos de la falta de eficacia de los partidos en su acción de gobierno hay muchos que podrían citarse. Basta señalar la forma cómo abordaron algunos problemas que debieron ser decisivos en su época.

Las pampas salitreras, que en aquellos años constituían la gran riqueza nacional, pasaron a manos del capital extranjero, mientras en el Norte se agudizaba terriblemente el problema social, formándose los primeros núcleos de proletarios, cuyas terribles condiciones de vida los lanzaron, lógicamente, a los extremismos revolucionarios, perdiéndose así la riqueza y el hombre.

Cuando se visita la provincia de Tarapacá, es desconsolador constatar que una región muy rica y muy vasta, que ha sido fuente de incalculables recursos para el Estado, que ha podido sostener durante años todos sus gastos con sus solas entradas, haya vivido en una peligrosa monoproducción que, periódicamente, acarreaba crisis de miseria y desocupación que trastornaban al país entero.

Iquique, por donde ha salido un chorro constante de oro, después de pagar sus cuotas al Estado, y cuantiosas utilidades a los inversionistas extranjeros, es ahora apenas un campamento de madera, sin ninguna construcción definitiva, sin escuelas, sin hospitales, sin un establecimiento de investigaciones técnicas adecuadas a la región; y lo que hoy exis-

te por excepción, es la obra de los últimos 20 años, cuando ya el vacío y la injusticia eran demasiado irritantes.

En las oficinas del interior, miles de hombres, los más robustos y emprendedores, succionados sistemáticametne a la región agrícola de Coquimbo o del Sur, vivieron en campamentos miserables de "calaminas", caldeadas al rojo por el sol del día y enfriados bajo cero con el frío viento de las noches.

Sin atención médica, sin protección social, después de vivir en "oficinas" cerradas y solitarias, bajaban periódicamente a pueblos miserables, como Buena Ventura, Huara, Pozo Almonte y otros, que eran centros de corrupción social y depravación física, que los arruinaba. Muchos de estos pueblos debieron desaparecer íntegramente, por la acción de brigadas sanitarias, que constataban su terrible condición.

Esos hombres abandonaban sus familias del Sur del país para buscar trabajo en el Norte, y para luego dejar también a las que constituían en el Norte, cuando la cesantía los arrojaba en su reflujo hacia el centro, acumulando odios sociales y amarguras, que han estallado a través de protestas muchas veces violentas y desesperadas.

No ha aparecido aún el novelista que nos describa lo que fué esa vida rumbosa y derrochadora en la superficie, cuando las libras esterlinas corrían por las polvorientas calles del puerto, y la dura condición del minero, gastado en breves años, sin defensa legal alguna, entregado a la voracidad de los pulperos, recorriendo los campamentos tras la ilusión de un salario que no se traducía ni en bienestar en la época del trabajo ni en seguridad para la vejez.

En lo económico, un mínimo de previsión de parte de nuestros gobernantes, habría hecho establecer escuelas industriales, nuevas fuentes de producción y de trabajo, como la pesca científica, que hoy comienza a desarrollarse, o estudiar el regadío de extensos valles que podrían haber sig-

nificado defensa y estabilidad a una zona que pagaba no sólo los gastos sino el progreso del resto de la nación.

Fué necesario que la pérdida de los mercados, causada por el abuso perezoso de la ventaja natural y la consiguiente paralización de la actividad de las salitreras, viniera a trastornar rudamente la vida del país, para que en estos últimos años se perfeccionaran los procedimientos de explotación y se mejoraran en algo las condiciones de vida de los que trabajan.

Durante ese largo intermedio que va hasta después de 1925, se aprovechaba el monopolio, pero se olvidaba al hombre que, perdido y miserable, arrancaba de la tierra sus recursos y se dejaba escapar la oportunidad de hacer de esta riqueza única, un instrumento para un progreso real de la población entera de Chile.

En el orden puramente social, ocurría algo semejante.

Desde los primeros años de este siglo se venía denunciando las condiciones de miseria en que vivía el pueblo e insistiendo en la conveniencia de resolver sus problemas, con medidas como la construcción de habitaciones, que se recomendaba como la gran fórmula dentro del criterio social de la época que, en el mundo entero, era más de beneficencia que de justicia.

Ya en el año 1892 hablaba en el Congreso de este problema don Ramón Barros Luco, y en el año 1902, don Manuel Rivas Vicuña presentaba el primer proyecto destinado a resolverlo. Este proyecto fué ley con el N.° 1838, el 20 de Febrero de 1906, con la firma del Ministro don Miguel Cruchaga Tocornal. Catorce años después de planteado se lograba una solución legal, ante la angustia de una intensa agitación popular. Posteriormente se dictaron leyes en 1909, en 1912 y 1916, conociéndose hasta hoy ocho nuevas leyes, fuera de numerosos decretos y reglamentos.

Sin embargo, todas esas leyes, salvo las del último decenio, que han tenido una reducida aplicación, fueron totalmente ilusorias.

Mal concebidas, sin plan y sin recursos, dejando todo a la exclusiva iniciativa particular, carecieron de toda eficacia práctica, y es así como mientras crecía la población, aumentaba el déficit por el aumento vegetativo, para encontrarnos hoy con el sombrío balance que arroja una falta de cerca de 400.000 casas. En esta forma, durante cerca de medio siglo, toda política de salubridad y educación, se estrellaba con la triste realidad de insalubres y vergonzosos conventillos y tugurios, en los cuales no se puede constituir hogar, donde la promiscuidad y la miseria eran el mejor caldo de cultivo del desorden social y de la decadencia moral y física del pueblo.

Por desgracia, estas faltas acumuladas se agravan en proporción al tiempo que transcurre, transformándose en verdaderos males crónicos, que roen el organismo social y que las generaciones posteriores deben pagar duramente, cuando se agudizan sus efectos.

Por eso, cuando se habla del pasado, es preciso distinguir y no caer en generalizaciones reñidas con la verdad.

Por otra parte, a pesar del pleno ejercicio del llamado régimen parlamentario, no se obtuvo una mayor perfección de lo que pudiéramos llamar el funcionamiento democrático, en lo que se refiere a la generación de los poderes públicos.

Hasta el año 1891, el Gobierno había sido el gran elector de la República; en cierta forma generaba los otros poderes de manera casi omnímoda y, por supuesto, era decisiva la voluntad del Presidente en la designación de su sucesor.

La oposición parlamentaria había condenado con frecuencia estos abusos y la libertad electoral había sido el tema de grandes debates, y, en especial, representantes del Partido Conservador, como Carlos Walker, habían defendido esta bandera con violencia.

Los Arteaga Alemparte podían escribir con razón en su introducción a los Constituyentes, que "se ve a menudo pe-
" netrar en el seno de la representación nacional a preten-
" didos mandatarios del pueblo, sin verdadero mandato po-

" pular, a titulados representantes de la nación que sólo " representan al resultado de la violencia, el fraude, o el " cohecho, empleados en adulterar o suprimir la voluntad " del ciudadano". Podía esperarse, y con razón, que, si una de las causas que despertaron mayor resistencia contra Balmaceda había sido su pretensión de imponer el nombre del señor Sanfuentes para la futura elección, triunfantes los revolucionarios, el proceso electoral se purificaría; pero, por desgracia, al mal del intervencionismo oficial, que desapareció, fué substituído por la influencia corruptora del poder del dinero.

Amunátegui Solar, enjuiciando este hecho, escribió: "Otro " grave vicio empezó a crecer con exceso al abrigo de la " libertad electoral y del voto acumulativo: el cohecho. La " declinación de los procedimientos interventores de la au- " toridad pública, y la facilidad de triunfar en las urnas " con un corto número de votantes, fomentó la corrupción " en los hombres del pueblo, ignorantes y sencillos a la " vez".

"Los agricultores dueños de fundos habían dispuesto siem- " pre del sufragio de sus inquilinos; y los jefes de fábricas " y de taller, del voto de sus obreros. A estas influencias " se agregó la compra de electores en todas las ciudades y " aldeas del país".

"El cohecho ha llegado a ser como una institución na- " cional".

"Esta ha sido, indudablemente, una de las causas más po- " derosas de la decadencia del régimen parlamentario". "Con " el irresistible influjo del oro, han adquirido derecho a " sentarse en las Cámaras muchos individuos indignos de " semejante situación; y los partidos organizados no han " sentido escrúpulos de admitirlos, en cambio de aumentar " el número de sus adeptos".

Muchos han llegado hasta a justificar esta práctica vergonzosa, que pervierte a una organización política al generarla en forma tan irregular.

Variados son los procedimientos que existen para falsear la voluntad de los pueblos, y si bien es cierto que en otras naciones no funcionan democracias perfectas, no hay duda que la compra del elector es el más deprimente y el más corruptor de esos medios.

Esta continuada falsificación de la democracia por tales procedimientos electorales y la carcomida estructura política, fruto de un parlamentarismo exagerado e irresponsable, debían fatalmente producir una verdadera parálisis en la marcha del Estado y resolverse en una crisis del sistema. A todo ello debía sumarse una acentuada decadencia moral.

La antigua sociedad del siglo diecinueve, que fué austera en sus costumbres, sobria en sus gestos, que hacía de la pobreza casi una profesión en el hombre de Estado y cuyas raíces en el trabajo modesto estaban muy próximas para encubrir un orgullo advenedizo, fué rápidamente suplantada por un nuevo tipo humano. La sed del enriquecimiento rápido y sin esfuerzo, que daba acceso a una vida dispendiosa y brillante, dominada por la ambición de los viajes rumbosos, fué la norma imperante.

El palacete barroco, las bebidas importadas, el gran tren de vida, suplantaron las tranquilas y apacibles costumbres coloniales. No en vano fluía del Norte un rico caudal de oro que lo pagaba todo.

Pronto surgió junto al político, el gestor administrativo, y los cargos populares dejaron de ser un medio de servir al país para convertirse en un medio fácil de alcanzar figuraciones ostentosas y de obtener oportunidades de negocios lucrativos. Había de aparecer así el abogado de la empresa extranjera que, por un suculento honorario, ponía su situación o su nombre al servicio de los intereses de aquélla.

Las frecuentes especulaciones bursátiles, sin el control que hoy se ejercita sobre ellas por organismos responsables, cimentaban fortunas nacidas del azar o arruinaban a muchos, lo que perturbaba el normal desarrollo de nuestra vida económica.

La continuada colusión existente entre muchos de los que manipulaban en el mercado, con hombres que influían en las esferas políticas, era manifiesta, lo que había de acarrear en definitiva un desprestigio profundo de la función pública.

Sería exagerado y torpe decir que todos los políticos que intervenían en la dirección de los Partidos o en el Parlamento cayeron en prácticas tan vergonzosas y condenables. Por el contrario, un porcentaje de ellos, fué de una honestidad intachable y de un patriotismo indiscutible; pero junto a éstos existía una extensa gama, que iba desde los cómplices y tolerantes hasta los negociantes inescrupulosos, y su número y su influencia, más ostentosa por lo mismo que más hería a la conciencia del país, manchó con su desprestigio a todo el sistema.

Quedan como casos típicos, para no referirse a otros, los que abordaran dos comisiones parlamentarias, que se constituyeron ante las agitadas protestas del país y de los cuales no podían desentenderse. Una de ellas, la del año 1911, presidida por don José Ramón Gutiérrez, investigó las concesiones de tierras en el Sur, y muchos de los expedientes que la originaron aún siguen su voluminoso camino, y la otra, las concesiones salitreras, que escandalizaron en aquellos años por la forma cómo se constituían y por los abusos que originaban.